



«El tiempo que tenemos no es corto; es que perdemos mucho.»

SÉNECA

SOBRE LA FELICIDAD Y LA BREVEDAD DE LA VIDA

Cómo alcanzar la felicidad
atreviéndote a ser tú mismo

AUSTRALSABIDURÍA

SÉNECA

SOBRE LA FELICIDAD Y LA BREVEDAD DE LA VIDA

Traducción

Pedro Fernández Navarrete

Edición

Pedro Rodríguez Santidrián





No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

- © por la traducción, Pedro Fernández Navarrete
- © por la edición, Pedro Rodríguez Santidrián
- © Espasa Libros, S. L. U., 2012
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta
Primera edición en Austral: septiembre de 2022

Depósito legal: B. 13.343-2022
ISBN: 978-84-670-6684-5
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Nota a esta edición	9
---------------------------	---

SOBRE LA FELICIDAD Y LA BREVEDAD DE LA VIDA

De la felicidad	11
De la vida retirada o del ocio	53
De la serenidad del alma	65
De la brevedad de la vida	111

DE LA FELICIDAD¹

A Galión

I. Todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felizmente. Pero andan a ciegas, cuando tratan de encontrar aquello que hace feliz la vida. No es fácil, por tanto, conseguir la felicidad, pues, con cuanto mayor afán uno la busca, más se aleja de ella, si ha equivocado el camino. La misma velocidad es causa de mayor alejamiento, si el camino va en sentido contrario. En consecuencia, lo primero que hay que determinar es qué queremos y después fijarnos en el camino por donde podamos avanzar con más celeridad hacia ello. Ya puestos en el camino, habremos de entender cuánto hemos avanzado cada día y cuán-

1. Séneca dirige este diálogo a su hermano Lucio Anneo Novato, quien al entrar en la familia de Junio Galión adoptó el nombre de Lucio Junio Galión. Este fue procónsul de Acaya entre el 52 y el 53 d. C.

to más cerca estamos del término del viaje al que nos empuja y acucia el deseo natural.

Porque si vagamos de acá para allá, sin otro guía que el griterío y la baraúnda discordante que nos llama hacia diferentes direcciones, malgastaremos nuestra corta vida, aunque, por otra parte, nos afanemos en cultivar día y noche nuestra alma. Decidamos, pues, adónde queremos ir y por dónde. Pero, no sin ayuda de persona experimentada, que conozca bien el camino por donde queremos ir, pues en este viaje no se dan las mismas condiciones que en los otros. En estos siempre hay algún sendero, y los lugareños a quienes preguntamos no permiten extraviarnos. Aquí, en cambio, el camino más trillado y más conocido es el que más nos engaña.

Nada, pues, hay que cuidar tanto como no seguir al estilo de las ovejas, al rebaño de los que van delante de nosotros, con la mira puesta no allá a donde se ha de ir, sino a donde se va. Nada, en efecto, nos implica en mayores males que aceptar el rumor de la gente creyendo que lo mejor es aquello que sigue la mayoría y de lo cual se nos ofrecen numerosos ejemplos. Así no se vive racionalmente, sino por acomodación. Consecuencia de esto es esa multitud ingente de personas que se agolpan unas sobre otras: una gran catástrofe humana, en que la gente misma queda aplastada, nadie cae sin arrastrar en su caída a otro, siendo los primeros motivo de la pérdida de los que les siguen. Esto mismo lo puedes ver realizado en toda la vida: nadie se descarría solo, sino que es causa y autor del error ajeno.

Es dañoso, por consiguiente, pegarse a los que van delante. Y, como quiera que todos prefieren creer

a juzgar, jamás se juzga de la vida, siempre se cree, y el error, transmitido de mano en mano, nos arrastra y lleva al precipicio. Perecemos por el ejemplo ajeno; nos curaremos si nos apartamos de la masa. Pero ahora el pueblo, defensor de su propio mal, se rebela contra la razón. Sucede aquí lo mismo que en los comicios: se extrañan de que salgan elegidos pretores, aquellos mismos que les votaron, cuando el veleidoso favor del pueblo ha invadido la asamblea. Aprobamos lo mismo que criticamos. Tal es el resultado de todo juicio, que se falla por el voto de la mayoría.

II. Cuando se trata de la vida feliz, no has de responderme como se acostumbra en el recuento de los votos: «Este partido parece ser el mayor»; pues, precisamente por eso, es el peor. No van tan bien los asuntos humanos, que lo mejor agrade a la masa: el argumento de lo peor es la turba: busquemos lo que es mejor, no lo que es más común, o frecuente, y lo que nos lleve a la posesión de la eterna felicidad, no a lo que aprueba el vulgo, muy mal intérprete de la verdad. Y por vulgo entiendo tanto a los que visten *clámide*² como a los que llevan corona. Pues no pongo los ojos en el color de los vestidos con que se cubren los cuerpos ni confío de los ojos para conocer al hombre. Para distinguir lo falso de lo verdadero tengo una luz mejor y más segura: «Que el bien del espíritu lo descubra el espíritu». Y si este tuviera oportunidad de respirar y de entrar en sí, oh, cómo

2. La *clámide* era una amplia capa exterior.

se torturaría a sí mismo, confesaría y diría: «Cuanto hice hasta aquí preferiría no haberlo hecho; cuando pienso en lo que he dicho, envidio a los mudos; cuanto deseé, lo estimo maldición de mis enemigos. Todo lo que temí, oh justos dioses, fue mejor que lo que ambicioné. Estuve enemistado con muchos y del odio volví a la amistad, si puede haber amistad entre los malos, y todavía no soy amigo de mí mismo. Me esforcé toda mi vida por alejarme de la plebe y sobresalir por alguna buena cualidad. Y, ¿qué otra cosa alcancé más que ser el blanco de la envidia y mostrar a la malevolencia un lugar donde mordirme? ¿Ves a esos que ensalza la elocuencia, que corren tras las riquezas, que son adulados por el favor popular, que exaltan el poder? Todos ellos o son enemigos, o lo que es igual, pueden serlo. Tan grande como la turba de los admiradores es la de los envidiosos».

III. ¿Por qué no busco yo más bien algo bueno que yo sienta que es bueno, y no para exhibirlo? Esas cosas tan admiradas, entre las que se detiene la gente, que uno enseña a otro estupefacto, relucen por fuera, por dentro son miserables.

Busquemos algo bueno, no en apariencia, sino sólido y valioso, y más hermoso aún por su interior. Ahondemos, no está lejos. Lo encontraremos; para ello, solo basta saber hacia dónde has de alargar la mano. Ahora pasamos ante las cosas que tenemos delante como a tientas, tropezando en las mismas cosas que deseamos. Mas, para no dar rodeos, prescindiré de las

opiniones de los otros. Resultaría largo solo con enumerarlas y refutarlas: recibe la mía. Y cuando digo la mía, no me someto a ninguna de las opiniones de los próceres estoicos: también yo tengo derecho a opinar. En consecuencia, seguiré a alguno, a otro le obligaré a dividir su pensamiento: y quizá, después de haberlos citado a todos, no desecharé nada de nuestros predecesores. Y diré: «esto mismo pienso yo».

Mientras tanto, siguiendo la opinión de todos los estoicos me atengo a la naturaleza de las cosas: eso es la sabiduría. No desviarse de ella y conducirse según su ley y su ejemplo. Vida feliz es, pues, aquella que sigue su naturaleza, que no se puede alcanzar más que con alma sana y en perfecta posesión de su salud. En segundo lugar, que sea enérgica y ardiente, generosa y paciente, adaptada a los tiempos, atenta a su cuerpo y a lo que le pertenece, pero sin angustiarse, solícita de las demás cosas que llenan la vida, sin dejarse arrastrar por ninguna, dispuesta a usar los bienes de la fortuna, no a servirla como esclava.

Y aunque no lo mencione yo, comprendes que esto traerá consigo una perpetua tranquilidad y libertad, una vez alejadas aquellas cosas que nos irritan, o nos aterran. Porque, en lugar de los deleites y pequeños placeres, deleznables y dañinos por su misma impureza, sobrevendrá un inmenso gozo, inquebrantable y continuado. Y también la paz y la concordia del espíritu, y la grandeza transida de mansedumbre. Porque, en efecto, toda ferocidad es hija de la debilidad.

IV. El bien, tal como lo tenemos concebido, puede también definirse de otra manera, es decir, puede entenderse en el mismo sentido, si bien con palabras distintas. Así como el mismo ejército unas veces se despliega en línea y se contrae otras, en un espacio estrechísimo; y otras veces adopta la forma de media luna, encurvándose por el centro para después estirarlo y formar línea recta, pero cualquiera que sea su disposición, su fuerza y su voluntad de luchar por la misma bandera son las mismas. Así, la definición del sumo bien puede ampliarse y desarrollarse o bien reducirse y replegarse.

Nos es, pues, permitido definir el sumo bien, diciendo: «el sumo bien es el alma que desprecia lo fortuito y se contenta con la virtud». O también: «Una fuerza invencible de ánimo, diestra y conocedora de las cosas, que domina la acción plena de humanidad y de solitud para con los que convive».

Podemos definirla también, diciendo: «que es feliz aquel hombre para el que no existe otro bien ni otro mal que un alma buena o mala, que practica lo honesto, contento con la virtud». Un hombre que no se ensalza ni abate por los cambios de la fortuna. Un hombre, en fin, para quien no hay mayor bien que el que pueda darse a sí mismo y su verdadero placer el desprecio de los placeres. Y si quieres divagaciones, puedes presentar la misma cosa bajo uno u otro aspecto, sin cambiar su significado. Porque, ¿qué nos impide decir que la vida feliz es el alma libre, recta, intrépida y constante, que no siente el miedo y la ambición? Aquella cuyo bien único es la virtud y su único mal la vileza. Todo lo demás, una

multitud de cosas sin valor que no roban ni aumentan un átomo a la felicidad de la vida, pues vienen y se van sin aumento ni mengua del sumo bien. Quien está bien fundado, quiera o no, se sentirá inundado de una continua alegría de un supremo gozo venido de lo más hondo, pues vive contento con sus bienes sin codiciar otra cosa de sí. ¿Por qué, entonces, no ha de valorar estas cosas y compararlas con los pequeños, frívolos y constantes movimientos de nuestro cuerpecillo? El día en que se sienta esclavo del placer, será víctima del dolor.

V. Te das cuenta ahora en qué mala y funesta esclavitud caerá quien sea presa de placeres y enfermedades sucesivas, que son los dueños más caprichosos y absolutos. Hay que encontrar, por tanto, una salida a la libertad y nada la da más que el desprecio de la fortuna. Será, entonces, cuando nazca aquel bien inestimable que es la tranquilidad del espíritu puesta a salvo y su sublimación. Y una vez ahuyentados todos los terrores surgirá del conocimiento de la verdad un gozo inmutable, así como un dulce ensanchamiento del espíritu. Con todos estos dones disfrutará, no como bienes de la fortuna, sino como emanados de su propio bien.

Y puesto que comencé a tratar este asunto con amplitud, añadiré que puede llamarse feliz aquel que, ayudado de la razón, ni desea ni teme. Porque también las piedras carecen de temor y de tristeza, así como los animales. Nadie, sin embargo, dirá que son felices, ya que no son conscientes de la felicidad.

En el mismo lugar pon a los hombres, quienes, por su naturaleza embotada y el desconocimiento de sí mismos, quedaron reducidos a la condición de bestias y animales. No hay diferencia alguna entre estos y aquellos. Estos carecen de razón y la de aquellos está depravada, siendo solo diligentes para su propio daño. Pues nadie puede llamarse feliz si está fuera de la verdad. En consecuencia, una vida en plenitud solo se basa de forma inmutable en un juicio recto y seguro. Un alma es pura, en efecto, libre de todo mal cuando no solo evita los desgarrones y los pinchazos y cuando está dispuesta a permanecer firme en el lugar que eligió como suyo y a defenderlo contra los furiosos de una fortuna hostil.

Y por lo que respecta al placer, aunque nos invada por doquier y se infiltre por todos los caminos y ablande el alma con sus caricias y remueva unos placeres con otros, con los que solicite a todos o parte de nuestros sentidos, ¿qué mortal, a quien todavía le quede un vestigio de hombre, querría verse halagado día y noche por el cosquilleo del placer, y descuidada el alma, entregarse al cuidado del cuerpo?

VI. Pero, alguien dirá también que el alma habrá de tener sus placeres. Ciertamente, que los tenga y se entregue a la lujuria y sea el árbitro de todos los placeres que seducen los sentidos. Ponga después sus ojos en los placeres pasados y, acordándose de los deleites caducos, embriáguese con ellos y alléguese ya a los futuros, ordenando así sus esperanzas. Y mientras su cuerpo vive engolfado en la dulce molición presente, apresúrese a

dirigir su pensamiento a las cosas futuras. Esto me parece miseria mayor, porque tomar lo malo como bueno es locura. Nadie es feliz sin una mente sana, ni hay hombre sano, que juzgue como mejores las cosas que le han de dañar. Feliz es, pues, el varón de juicio recto, que está contento con todo lo que tiene y es amigo de sus cosas, sean las que sean. Aquellos mismos, incluso, que sostuvieron que el sumo bien reside en el placer ven en qué lugar tan bajo lo habían puesto. Sin duda por esto, niegan que puedan separarse el placer de la virtud y añaden que nadie puede vivir alegremente sin vivir también con honestidad. No veo cómo cosas tan diversas puedan conciliarse. ¿Podéis decirme por qué no puede separarse la virtud del placer? Quizá, porque todo principio de bien tiene su origen en la virtud. Y de estas mismas raíces procede todo cuanto vosotros amáis y buscáis. Pero, si estas cosas fuesen inseparables, ¿no veríamos algunas cosas placenteras, pero no honestas? ¿Y otras, en cambio, honestísimas, pero ásperas, que se han de vivir en medio del dolor?

VII. A esto hay que añadir ahora que el placer se encuentra aun en la vida más vergonzosa. Pero la virtud no admite la mala vida. Y, además, hemos de admitir que algunos hombres son infelices, no porque carezcan de placeres, sino, precisamente, por causa de los placeres mismos: lo que no sucedería si a la virtud se mezclase el deleite, del que a menudo carece la virtud, pero que, sin embargo, nunca necesita. ¿Por qué juntáis cosas distintas e incluso contrarias? La virtud es cosa alta, excelsa y regia, indomable e infatigable.

El placer es bajo, servil, débil y caduco, cuya morada y lugar propio son los prostíbulos y tabernas. La virtud, en cambio, la encontramos en el templo, en el foro, en la curia, defendiendo las murallas, cubierta de polvo, robusta y con las manos llenas de callos. Al placer lo verás casi siempre escondido y buscando la oscuridad, merodeando por los baños y sudatorios y por lugares que temen la justicia. Es muelle, sin brío, empapado en vino y perfumes, pálido y acicalado, lleno de afeites.

El sumo bien es inmortal, no sabe dejar de existir: no conoce el hastío ni el arrepentimiento. Pues un espíritu recto nunca cambia, no se odia a sí mismo, porque siempre exige lo mejor. El placer, en cambio, se extingue cuando más agrada. Tampoco tiene mucho espacio, y, por tanto, se infla al instante y engendra tedio y al primer impulso se marchita. Y por eso no puede subsistir aquello cuya naturaleza consiste en el movimiento, y ni siquiera puede considerarse como subsistente aquello que llega y pasa con tanta celeridad y tiene su término en su mismo uso. Pues se acerca a aquello mismo que es su fin y desde su comienzo ya mira a su declive.

VIII. ¿Y cómo explicar que el placer se dé tanto en los buenos como en los malos, y que no deleite menos a los perversos su deshonra que a los buenos sus excelsas obras? Por eso los antiguos nos aconsejaron que siguiéramos la vida mejor, no la más placentera, de modo que el placer no sea el guía, sino el compañero de la voluntad buena y recta. Nos ha de guiar la

naturaleza; la razón la observa y la consulta. Vivir felizmente, por tanto, es lo mismo que seguir la naturaleza. Explicaré qué significa esto: conservar con diligencia y sin miedo las cualidades corporales y las aptitudes naturales como bienes fugaces que nos fueron dados por un día; no someternos a su servidumbre ni dejarnos dominar por las cosas externas; usar de las cosas gratas y perecederas del cuerpo como en el campamento se usan los auxilios y las tropas ligeras, que tienen que servir, no mandar. Solo de esta manera serán útiles al alma. Que el hombre no se deje corromper por las cosas externas, ni sea dominado por ellas. Que sea solo admirador de sí mismo: confíe en la fuerza de su espíritu y esté preparado para los cambios de fortuna y sea artífice de su propia vida. Que su confianza no carezca de ciencia, ni su ciencia de constancia. Mantenga con entereza sus decisiones y no las enmiende a la hora de decidir. Y aunque no lo haya dicho, ya se entiende, este varón ha de ser ordenado y sensato y en su obrar magnánimo y afable.

La recta razón tiene su raíz en los sentidos y de allí ha de sacar los principios, pues no tiene otro punto de apoyo para dar su salto a la verdad y volver a sí misma. Del mismo modo, el mundo que todo lo abarca y Dios, rector del universo, tiende hacia las cosas exteriores, torna sobre sí mismo enteramente desde todos los sitios. Haga lo mismo nuestra mente: una vez, que haya seguido los sentidos y, a través de ellos, se haya proyectado hacia las cosas externas, vuelva a ser dueño de ellas y de sí mismo y, por decirlo así, conéctese al sumo bien. Es así como llegará a formar

una sola fuerza y poder, concorde consigo mismo, y nacerá ese recto pensar que no disiente ni duda de opiniones y conceptos, ni de sus propias convicciones. Una vez que ha dispuesto y conjuntado la mente y, digámoslo así, puestas en armonía sus partes, ha alcanzado el sumo bien. Ya no le queda maldad ni inseguridad, nada de tortuoso o resbaladizo. Lo hará todo por su propio mandato y nada quedará a la improvisación, pues todo lo que se proponga terminará bien, fácil y prontamente, sin vacilar por su parte. Pues la pereza y la vacilación denuncian inconstancia y lucha. En consecuencia, puedes afirmar sin miedo que el sumo bien es la armonía del alma: porque las virtudes han de estar allí donde existe concordia y unidad. Los vicios producen la disidencia.

IX. Pero, ¿es que tú, me dirás, no practicas también la virtud porque esperas de ella algún deleite? Diré, en primer lugar, que, aunque la virtud es motivo de placer, no por ello se la busca. Porque no solo proporciona placer, no solo causa deleite y nos lleva a él, sino que su práctica, aunque esté dirigida a otra cosa, lo conseguirá también. Se asemeja a un campo en el que, si bien ha sido labrado para sembrar trigo, se entreveran algunas hierbas, y aunque estas deleitan la vista, el trabajo no se hizo por ellas. Otro fue el intento del labrador y le sobrevino todo esto. De la misma manera, el placer no es la recompensa, ni la causa de la virtud, sino algo accesorio, y no se acepta porque deleita, sino que sí se lo acepta, también produce placer. El sumo bien reside en el juicio mismo

y en el hábito de un espíritu bien dispuesto. El sumo bien se ha logrado cuando el alma ha sido plenamente colmada y se ciñe a sus justos límites, y ya no desea nada más. Pues nada hay fuera del todo, como tampoco hay nada fuera de los límites.

Yerras, por consiguiente, cuando me preguntas qué es lo que me mueve a buscar la virtud, pues buscas algo que está por encima del sumo bien. ¿Me preguntas qué busco en la virtud? A ella misma, pues no tiene nada mejor que ella y ella misma es su premio. ¿O te parece poco? Cuando te digo que el sumo bien es el vigor inquebrantable del alma, y su decoro, previsión, agudeza, salud, libertad y armonía, ¿puedes exigirme, todavía algo más extenso que a lo que se refieren todas estas cosas? ¿Por qué me nombras el placer? Yo busco el bien del hombre, no el del vientre, que el de las bestias y las fieras es más grande.

X. Finges no entender lo que yo digo: pues yo niego que nadie puede vivir feliz si no vive al mismo tiempo honestamente, algo que no puede suceder a los animales mudos, ni a los que miden su bien por la comida. Clara y abiertamente afirmo, que esa vida que yo declaro grata no se puede dar sin la virtud. ¿Quién ignora que hasta los más insensatos están ahítos de esos vuestros deleites? ¿Y quién no sabe que la maldad abunda en esos placeres y que el alma misma le sugiere estúpidos y numerosos géneros de vicios? En primer lugar, la insolencia y la excesiva estima propia, la hinchazón que nos eleva por encima de los demás, el amor ciego exagerado de sus cosas, las de-

licias de la vida muelle por razones sutiles y pueriles, la mordacidad y la soberbia que se deleita en los insultos, a los que se añade la desidia y la indolencia de un alma débil que se duerme sobre sí misma.

La virtud da de lado todas estas cosas, nos pone en guardia y pondera los placeres antes de aceptarlos. Y si admite alguno, pues ciertamente los admite, no es esclava de ellos, ni se goza con su uso, sino en la templanza con que los disfruta. Pero, como la templanza atenúa los placeres, es una injuria al sumo bien. Tú te abrazas al placer, yo lo modero; tú gozas del placer, yo lo uso; tú lo tienes por sumo bien, yo ni siquiera lo tengo por bien. Tú en todo buscas motivo de placer, yo en nada. Y cuando digo que nada en orden al placer, hablo de aquel sabio a quien solo concedes el placer.

XI. Y no llamo sabio a aquel que está sometido a algo por encima de sí, sobre todo si es el placer. Porque si estás sometido a este, ¿cómo podrás afrontar el trabajo y el peligro, la pobreza y tantas amenazas que rodean la vida del hombre? ¿Cómo se enfrentará a la presencia de la muerte y del dolor? ¿Podrá resistir la embestida del mundo y sus acérrimos enemigos, quien ha sido vencido por un adversario tan blando? Hará cuanto le sugiera el placer.

Está bien, ¿pero no ves cuántas cosas le aconsejaría?: «Nada torpe, dirás, le podrá aconsejar porque está unido a la virtud. ¿No ves una vez más, qué bien sumo es ese que necesita de un guardián para ser tan bueno? ¿Y cómo podrá la virtud gobernar al deleite

a quien sigue, pues seguir es acción del que obedece y gobernar del que impera? ¿A las espaldas ponéis al que manda? ¡Gentil oficio dais a la virtud: repartidora de placeres!». Examinaremos con todo, si en los que con tanto desprecio hablan de la virtud, existe todavía la virtud, pues no puede mantener su nombre, si cede su puesto. Mientras tanto, y esto es de lo que se trata, déjame que te hable de muchos hombres sumidos en los placeres, a los que la fortuna colmó de bienes y que necesariamente has de confesar que son malos. Pon los ojos en Nomentano y Apicio,³ que andaban buscando, según decían ellos, todos los bienes de la tierra y el mar y que en su mesa saboreaban los animales de todos los países. Míralos tendidos en su lecho de rosas a la espera de sus comilonas, halagando sus oídos con la música, los ojos con espectáculos, su paladar con sabores. Todo su cuerpo se relaja con suaves y acariciantes masajes. Y para que la nariz no se vaya de vacío mientras tanto, se impregna de olores varios la cámara donde se hacen los honores a la lujuria. Dirás que estos hombres viven entre deleites, pero no les irá bien porque no gozan del bien.

XII. «Les irá mal, dices, porque intervienen muchos factores que perturban el alma y opiniones encontradas inquietarán su mente.» Confieso que esto es así, pero, no obstante, esos mismos necios, volubles y expuestos a los golpes del arrepentimiento experimentan grandes placeres. Debemos confesar, por

3. *Gourmets* de la época de Augusto, siglo I d. C.

tanto, que tan lejos están de toda molestia como de toda cordura y, como sucede a muchos de ellos, enloquecen con una estupidez alegre, hasta enfurecerse de risa. Por el contrario, los placeres de los sabios son comedidos y tranquilos, un tanto lánguidos, recatados y apenas perceptibles. No vienen con reclamo y, aunque vinieran por sí mismos, no son recibidos con honores, ni aceptados con alegría por quienes los experimentan. El sabio los mezcla y los introduce en su vida como un juego y pasatiempo en las cosas serias. Dejen, por tanto, de conjugar lo incompatible y de confundir el placer con la virtud, vicio con el que se adula a los más viciosos. Ese hombre, perdido entre los placeres, dando siempre tumbos y ebrio, porque sabe que vive entre delicias, cree que también es virtuoso, porque oye que el placer no puede separarse de la virtud y pronto a sus vicios los llama sabiduría y lanza al viento lo que debiera ocultar. De esta manera, se lanzan a sus vicios, no impelidos por Epicuro, sino que dados a los vicios, ocultan su corrupción bajo el velo de la filosofía y se reúnen allí donde oyen alabar el placer: Ni se valora el placer de que habla Epicuro, que a mi entender es sobrio y austero, sino que vuelan tras su nombre, buscando en él un apoyo y un velo a sus desenfrenos. De este modo pierden la vergüenza de pecar, que era el único bien que les quedaba. Ensalzan todo aquello de lo que se avergonzaban y se glorían en el vicio. Por este motivo, ni a la juventud se le permite enmendarse, ya que se da un título honroso a una torpe ociosidad.